

desde su primera entrevista, una pasión sencilla y silenciosa se había apoderado de ellos, sin manifestaciones ruidosas ni prematuras declaraciones. Ambos habían pensado uno en otro, como si hubiesen estado separados por algún marido celoso al que su sentimiento hubiera podido ofender. Ambos se ocultaban de Luciano, creyendo que acaso éste podría disgustarse. David temía no agradar á Eva, la cual, por su parte, se dejaba llevar de las timideces de la indigencia. Una verdadera obrera se hubiera mostrado atrevida; pero una muchacha bien educada y venida á menos se conformaba con su triste fortuna; y modesta en apariencia, pero altiva en realidad, Eva no quería atraer al hijo de un hombre que pasaba por rico. En los momentos actuales, las gentes que entendían el valor creciente de las propiedades, estimaban en más de ochenta mil francos la posesión de Marsac, sin contar las tierras que adquiriría aún el anciano Sechard, económico, afortunado en las cosechas y hábil en la venta, como era. David era tal vez la única persona que ignoraba la fortuna de su padre. Para él Marsac era una bicoca comprada en 1810 por quince ó veinte mil francos, á donde iba una vez al año en tiempo de las vendimias, paseándose por las viñas en compañía de su padre, el cual le alababa las recolecciones, que el impresor no veía nunca y por las que se preocupaba muy poco. El amor de un sabio acostumbrado á la soledad y que agranda aún los sentimientos exagerando sus dificultades, quería ser animado; pues, para David, Eva era una mujer más imponente que puede serlo una gran dama para un pasante de notario. Cohibido é inquieto al lado de su ídolo, tan ansioso de partir de su lado como de llegar á ella, el impresor contenía su pasión en lugar de expresarla, y muchas veces, por la noche, después de haber forjado algún pretexto para ir á ver á Luciano, bajaba desde la plaza del Murier hasta el Houmeau por la puerta Palet; pero al llegar á la puerta verde con reja de hierro, se volvía atrás temiendo ir demasiado tarde ó parecer importuno á Eva, la cual tal vez estaría acostada. Aunque este gran amor no se hubiese revelado más que con pequeñeces, Eva lo había comprendido, y se sentía satisfecha al ver que era objeto de un profundo respeto que se notaba en las miradas, en las palabras y en los modales de David; pero la mayor seducción del impresor era su fanatismo por Luciano, é instintivamente había adivinado el mejor medio de agradar á Eva. Para decir en qué

diferían las mudas delicias de este amor de las pasiones tumultuosas, sería preciso comparar las flores campestres con las exuberantes flores de los parterres. Consistían aquéllas en miradas cariñosas y delicadas como los lotos azules que nadan sobre las aguas; en expresiones fugitivas, como los débiles perfumes del escaramujo; en melancolías suaves como el terciopelo de los musgos, flores de dos almas hermosas que nacen de una tierra rica, fecunda é inmutable. Eva había adivinado ya varias veces la fuerza oculta bajo esta debilidad, y comprendía tan claramente la cobardía de David, que el más ligero incidente podía dar por resultado una unión más íntima de sus almas.

Luciano encontró la puerta abierta por Eva, y se sentó, sin decir nada á ésta, ante una mesita sin mantel, sobre la que se veía su cubierto. El pobre hogar no poseía más que tres cubiertos de plata, y Eva se los ponía siempre á su querido hermano.

—¿Qué lees?—le preguntó Eva después de haber puesto sobre la mesa un plato que retiró del fuego.

Luciano no respondió, y entonces Eva tomó un platito curiosamente adornado con hojas de vid, y lo colocó sobre la mesa junto con una taza llena de crema.

—Ten, Luciano, hoy he podido comprarte fresas.

Luciano prestaba tanta atención á su lectura que no oyó, y entonces Eva fué á sentarse á su lado sin dejar escapar un murmullo, pues en el afecto de una hermana por un hermano, aquélla encuentra un placer inmenso en ser tratada sin cumplido.

—Pero ¿qué es lo que tienes?—exclamó Eva al ver brillar lágrimas en los ojos de su hermano.

—Nada, nada, Eva—dijo Luciano tomándola por el talle, atrayéndola hacia sí y besándola en la frente, en los cabellos y en el cuello con sorprendente efervescencia.

—Tú me ocultas algo.

—Pues bien, sí, sábelo, me ama.

—¡Ya sabía yo que no era á mí á quien besabas!—dijo ruborizándose la pobre hermana con tono enfurecido.

—¡Todos seremos felices!—exclamó Luciano empezando á comer su potaje á grandes cucharadas.

—¿Seremos?—repitió Eva.

Y movida por el mismo sentimiento que se había apoderado de David, añadió:

—Me parece que vas á querernos menos.

—¿Cómo puedes tú creer eso, conociéndome?

Eva tendió la mano para estrechar la de su hermano, y después le quitó de delante el servicio inútil para servirle el plato que le había hecho. En lugar de comer, Luciano volvió á leer la carta de la señora de Bargetón, carta que la discreta Eva no manifestó deseos de leer; tanto respeto le inspiraba su hermano: si él quería enseñársela, ella debía esperar, y si él no lo quería, ella no podía exigirselo. La joven esperó, pues. He aquí esa carta:

«Amigo mío: ¿Por qué había de negar yo á su hermano en ciencia el apoyo que le he prestado á usted? A mis ojos, los talentos tienen iguales derechos; pero usted ignora las preocupaciones de las personas que componen mi sociedad. A los que constituyen la aristocracia de la elegancia, no logramos hacerles reconocer el ennoblecimiento del talento. Si yo no tengo poder bastante para imponerles al señor David Sechard, sacrificaré con usted por él á estas pobres gentes, y así esto vendrá á ser una especie de hecatombe antigua. Sin embargo, amigo querido, supongo que usted no pretenderá hacerme aceptar la compañía de una persona cuyo modo de ser y talento pudiera desagradarme. Las adulaciones de usted me han hecho comprender la gran facilidad con que la amistad nos ciega. ¿Tomará usted á mal el que yo ponga una restricción á mi consentimiento? Deseo ver á su amigo, juzgarle y saber por mí misma, en interés del porvenir de usted, si está usted ó no engañado. ¿No equivale esto á uno de esos cuidados maternos que debe tener con usted, mi querido poeta,

»LUIA DE NEGREPELISSE?»

Luciano ignoraba el arte con que se emplea el *si* en la buena sociedad para llegar al *no*, y el *no* para llegar al *si*. Para él, esta carta fué un triunfo. David iría á casa de la señora de Bargetón, y brillaría allí con toda la majestad de su genio. En medio de la embriaguez que le causaba una victoria que le hizo creer en el poder de su ascendiente sobre los hombres, tomó una actitud tan altiva y se reflejaron tantas esperanzas en su cara iluminándola con radiante brillo, que su hermana no pudo menos de decirle que estaba guapo.

—Si esa mujer tiene talento, ¿cuánto debe quererte! Y

esta noche estará triste, porque todas las mujeres van á hacerle mil coqueterías. ¡Qué hermoso vas á estar en tu *San Juan en Pathmos!* ¡Quisiera ser ratón para deslizarme hasta allí! Ven, ya te tengo preparada la ropa en el cuarto de nuestra madre.

Este cuarto denotaba una pobreza decente: se veía en él una cama de nogal, provista de cortinas blancas, y con una alfombra verde al pie. Una cómoda con espejo y unas sillas de nogal completaban el mobiliario. Sobre la chimenea, un reloj recordaba los días del antiguo desahogo. La ventana tenía también cortinas blancas, y las paredes estaban tendidas de un papel gris con flores grises. El suelo, fregado por Eva, estaba sumamente limpio. En medio de este cuarto había un velador, sobre el cual se veían tres tazas y un azucarero de porcelana de Limoges en una bandeja. Eva dormía en un gabinete contiguo que contenía una cama estrecha, una antigua poltrona y una mesita de labor colocada cerca de la ventana. La estrechez de este camarote de marino exigía que la puerta vidriera estuviese siempre abierta, á fin de que penetrase en ella el aire. No obstante la angustia que revelaban las cosas, denotaban la modestia de una vida laboriosa. Para los que conocían á la madre y á los dos hijos, este espectáculo encerraba tiernas armonías.

Luciano se estaba poniendo la corbata cuando los pasos de David se oyeron en el patio. A poco, el impresor se presentó, en actitud del hombre que lleva prisa.

—¡David, David!—exclamó el ambicioso,—¡triunfamos, ella me ama y tú irás!

—No—dijo el impresor con aire confuso,—vengo á darte las gracias por esa prueba de amistad, que me ha inspirado serias reflexiones. Mi vida, Luciano, está fijada. Yo soy David Sechard, impresor del rey en Angulema, cuyo nombre se lee en todas las esquinas, al pie de todos los anuncios. Para las personas de casta, soy un artesano, un negociante, si quieres; pero al fin y al cabo un industrial que tiene tienda en la calle de Beaulieu, esquina á la plaza del Murier; y no tengo aún ni la fortuna de un Keller, ni la fama de un Desplein, dos clases de poder que en vano intentan negar los nobles, y que, como ellos dicen con razón, no son nada sin el saber vivir y los modales de un hidalgo. ¿Cómo puedo yo legitimar mi súbita elevación? Pasaría á

ser la burla, lo mismo de los burgueses que de los nobles. Tú te encuentras en situación muy diferente. Un regente de imprenta no está obligado á nada. Tú trabajas para adquirir los conocimientos indispensables para prosperar, y puedes explicar tus ocupaciones actuales en gracia á tu porvenir. Por otra parte, mañana tú puedes emprender otra carrera, estudiar el derecho, ó la diplomacia, ó ser empleado del gobierno. En fin, que tú no estás clasificado; conque, saca provecho de tu virginidad social, marcha solo y procura adquirir honores. Saborea alegremente todos los placeres, hasta aquellos que procura la vanidad. Sé feliz, y yo gozaré con tus éxitos, considerándote como un segundo yo mismo. Sí, mi pensamiento me permitirá vivir de tu vida; para ti las fiestas, el brillo del mundo y los rápidos resortes de sus intrigas; para mí la vida sobria y laboriosa del comerciante, y las lentas ocupaciones de la ciencia. Tú serás nuestra aristocracia—añadió mirando á Eva.—Cuando tú vaciles, encontrarás mis brazos para sostenerte. Si tienes que quejarte de alguna traición, podrás refugiarte en nuestros corazones, y encontrarás en ellos un amor inalterable. La protección, el favor y el bien querer de las gentes para dos, podrían cansarles, y así nos perjudicaríamos mutuamente; marcha, pues, adelante, y tú nos remolcarás si es necesario. Lejos de envidiarte, yo me consagro á ti. Lo que acabas de hacer por mí, arriesgándote á perder á tu bienhechora, á tu amada tal vez, antes que abandonarme y renegar de mí, esa cosa tan sencilla y tan grande, Luciano, me uniría á ti para siempre, si no fuésemos ya dos hermanos. No te dé cuidado ni sientas remordimientos ante la idea de que tú llevas la mejor parte; porque, sábelo, este reparto á lo Montgomery es de mi gusto. Además, aunque tú me causas algún tormento, ¿quién sabe si no te deberé siempre gratitud?—exclamó dirigiendo una tímida mirada á Eva, la cual lo había adivinado todo y lloraba de emoción.—Por otra parte—dijo David á Luciano asombrado,—tú eres guapo, elegante, vistes bien y pareces un noble con tu levita azul y tu pantalón; mientras que yo parecería un obrero en medio de ese mundo, estaría azorado y molesto, y sólo diría tonterías, ó no diría nada. Para obedecer á las preocupaciones mundanas, tú puedes, además, tomar el nombre de tu madre, y llamarte Luciano de Rubempré, mientras que yo, no lo olvidas, soy y seré siempre David Sechard. En el

mundo en que vas á entrar, á ti todo te sirve, y á mí todo me daña. Tú has nacido para vencer, y las mujeres adorarán tu figura de ángel, ¿verdad, Eva?

Luciano saltó al cuello de David y le abrazó. Esta modestia le evitaba muchas dudas y dificultades. ¿Qué ternura no había de emplear él por un hombre que acababa de hacer por amistad las mismas reflexiones que él se había hecho por ambición? El ambicioso y el enamorado veían su camino llano, y el corazón del joven y del amante se esponjaba. Fué este uno de esos raros momentos de la vida en que todas las fuerzas están en tensión suave y en que todas las cuerdas vibran, produciendo armoniosos sonidos. Pero aquel proceder de un alma hermosa excitaba aún en Luciano la tendencia que inclina al hombre á atribuírselo todo á sí propio. En mayor ó menor grado, todos nos decimos como Luis XIV: «El Estado soy yo». La excesiva ternura de su madre y de su hermana, la abnegación y la fidelidad de David y la costumbre que tenía de verse objeto de los esfuerzos secretos de estos tres seres, le hacían contraer los vicios del niño mimado de la familia y engendraban en él ese egoísmo que devora al noble y que la señora de Bargetón acariciaba moviéndole á olvidar sus deberes para con su hermana, su madre y David. Esto no era nada aún; pero ¿no era de temer que, al extenderse el círculo de sus ambiciones, se creyese obligado á no pensar más que en sí propio para mantenerse en su posición?

Pasada esta emoción, David advirtió á Luciano que su poema de *San Juan en Pathmos* era tal vez demasiado bíblico para ser leído ante un público que debía estar poco familiarizado con la poesía apocalíptica, y Luciano, que tenía que presentarse ante el público más difícil de todo el Charente, pareció mostrarse inquieto ante esta observación. David le aconsejó que llevase algo de Andrés Chenier y que reemplazase un placer dudoso por uno cierto. Luciano leía á perfección, gustaría necesariamente y daría pruebas de una modestia que sin duda le favorecería. Como la mayor parte de los jóvenes, aquéllos atribuían á las gentes de mundo su inteligencia y sus virtudes. Si la juventud, que no ha fallado aún, carece de indulgencia para las faltas ajenas, les atribuye también sus magníficas creencias. En efecto, se necesita tener experiencia de la vida antes de reconocer que comprender es igualar, como decía Rafael. En general, el

sentido necesario para la inteligencia de la poesía es raro en Francia, donde el ingenio no tarda en secar el manantial de las santas lágrimas del éxtasis y donde nadie quiere tomarse el trabajo de descifrar lo sublime y de sondarlo para ver su infinito. Luciano iba á tener la primera prueba de las ignorancias y de las frialdades mundanas.

Antes de ir á la velada, pasó por casa de David á buscar el tomo de poesías.

Cuando los dos amantes se encontraron solos, David se sintió más azorado que en ningún momento de su vida. Presa de mil terrores, deseaba y temía un elogio, y quería huir, pues el pudor también tiene su coquetería. El pobre amante no se atrevía á decir ni una palabra que hubiera podido parecer que pedía un elogio, juzgaba comprometedoras todas las frases y se callaba guardando una actitud criminal. Eva, que adivinaba las torturas de su modestia, se complació en gozar de aquel silencio; pero cuando David empezó á dar vueltas á su sombrero para marcharse, la joven se sonrió y le dijo:

—David, si no pasa usted la velada en casa de la señora de Bargetón, podemos pasarla juntos. Hace buen tiempo. ¿Quiere usted que vayamos á pasearnos á lo largo del Charente? Hablaremos de Luciano.

David sintió deseos de prosternarse ante aquella deliciosa joven. Eva le había procurado inesperadas recompensas con el cariñoso sonido de su voz, y con las ternuras de su acento había resuelto las dificultades de aquella situación. Su proposición era más que un elogio, era el primer favor del amor.

—Únicamente que tendrá usted que dejarme algunos instantes para vestirme—dijo Eva respondiendo á un gesto de David.

El enamorado joven, que en su vida había cantado, salió tarareando una canción, lo cual no dejó de sorprender al honrado Postel, infundiéndole violentas sospechas acerca de las relaciones de Eva y del impresor.

Las circunstancias más insignificantes de aquella velada influyeron mucho en el modo de ser de Luciano, cuyo carácter era dado á dejarse llevar de las primeras impresiones. Como todos los amantes inexpertos, llegó tan temprano, que Luisa no estaba aún en el salón, el cual se hallaba ocupado únicamente por el señor de Bargetón. Luciano había comenzado ya su aprendizaje de las cobardías con que el

amante de una mujer casada compra su dicha, cobardías que dan la medida á las mujeres de lo que pueden exigir; pero aún no se había encontrado frente á frente con el señor de Bargetón. Este hidalgo era uno de esos espíritus pequeños que fluctúan entre la ofensiva nulidad que comprende aún, y la altiva estupidez que no quiere aceptar ni devolver nada. Convencido de la naturaleza de sus deberes para con el mundo, y esforzándose por serle agradable, había adoptado por único lenguaje la sonrisa del bailador. Contento ó no, el señor de Bargetón sonreía siempre, lo mismo ante una noticia desastrosa que al anuncio de un suceso feliz. Esta sonrisa respondía á todo, gracias á las expresiones que le comunicaba el señor de Bargetón. Si era absolutamente preciso dar una aprobación directa, reforzaba la sonrisa mediante una risa complaciente, aunque sin soltar una palabra, á no ser en el último extremo. Una entrevista con una persona le hacía sentir el único apuro que complicaba su vida vegetativa, pues entonces se veía obligado á buscar alguna cosa en la inmensidad de su vacío interior. La mayor parte de las veces salía del apuro recordando las sencillas costumbres de su infancia: pensaba en voz alta, os iniciaba en los menores detalles de su vida, os expresaba sus necesidades y sus sensaciones, que él tomaba por ideas; no os hablaba de la lluvia ni del tiempo, no caía en los lugares comunes de la conversación en que suelen caer los imbéciles, y solía comentar las circunstancias más íntimas de la vida.

—Por complacer á la señora de Bargetón, esta mañana he comido ternera, alimento que á ella le gusta mucho y que mi estómago no puede soportar—decía.

O bien exclamaba:

—¡Ya lo sé, siempre lo he dicho, explíquemelo usted!

A veces:

—Voy á llamar para pedir un vaso de agua con azúcar: ¿quiere usted uno al mismo tiempo?

O bien:

—Mañana montaré á caballo é iré á ver á mi suegro.

Estas pequeñas frases, que no podían originar una discusión, arrancaban un *no* ó un *sí* al interlocutor, y la conversación terminaba. El señor de Bargetón imploraba entonces la asistencia de su huésped, volviendo hacia él su nariz de perro dogo, y mirándole con sus grandes ojos blanquecinos de una manera que significaba: «¿Qué decía usted?» Los

fastidiosos que sólo hablaban de sí mismos, eran queridos y escuchados por él con tan proba y delicada atención, que los charlatanes de Angulema le atribuían cierta inteligencia socarrona y aseguraban que había sido mal juzgado. Cuando no tenían ya auditores, estas gentes iban á acabar sus relatos ó sus razonamientos al lado del hidalgo, seguros de encontrar su benévola sonrisa. Como el salón de su mujer estaba generalmente lleno, él se encontraba allí á sus anchas; saludaba sonriendo á los que entraban, los presentaba á su mujer, acechaba á los que marchaban y les acompañaba, despidiéndose de ellos con su eterna sonrisa. Cuando la velada estaba animada y veía á todo el mundo distraído, el feliz mudo permanecía plantado sobre sus grandes piernas como una cigüeña sobre sus patas, fingiendo escuchar una conversación política, ó iba á mirar las cartas de algún jugador, á pesar de no comprender nada, pues no sabía ningún juego, ó se paseaba tomando tabaco y sufriendo los horrores de la digestión. Nais era el consuelo de su vida y le proporcionaba infinitos goces. Cuando desempeñaba su papel de ama de casa, él se tendía en una poltrona admirándola y oyendo cómo ella hablaba por él, y encontraba un placer especial en indagar el espíritu de sus frases, y como muchas veces no lo comprendía hasta mucho tiempo después de haber reflexionado acerca de ellas, se permitía sonrisas que aparecían en sus labios como algo que se despierta después de profundo sueño. Por otra parte, su respeto por su mujer llegaba á la adoración. ¿No basta para la felicidad de la vida una adoración cualquiera? Como persona inteligente y generosa, Nais no había abusado de sus ventajas al reconocer en su marido la naturaleza ingenua de un niño que se da por satisfecho siendo gobernado; cuidaba de él como se cuida una capa, lo mantenía limpio, lo cepillaba, lo abrazaba y lo aconsejaba, y al verse tratado de este modo, el señor de Bargetón sintió por su mujer un afecto canino. ¡Es tan fácil proporcionar una dicha que no cuesta nada! Como la señora de Bargetón no conocía en su marido otra afición que la de la buena vida, le daba excelentes comidas, le mimaba y no se quejaba nunca de él, y algunas personas, no comprendiendo su silencio, atribuían al señor de Bargetón virtudes ocultas. Por otra parte, ella le había disciplinado militarmente, y la obediencia de este hombre á la voluntad de su mujer era positiva. Cuando Nais le decía que fuese á hacer una visita á cual-

quier persona, él se apresuraba á hacerla como cumple un soldado la ordenanza. En los momentos actuales, se trataba de nombrar diputado á este mudo. Luciano hacía poco tiempo que frecuentaba la casa para haber levantado el velo debajo del cual se ocultaba este carácter indefinible. El señor de Bargetón, sepultado en su poltrona, pareciendo verlo y comprenderlo todo, le parecía á Luciano prodigiosamente imponente á causa de su silencio. En lugar de tomarle por una masa de granito, el joven poeta creyó ver en el hidalgo una esfinge temible, llevado de la pendiente que inclina á los hombres de imaginación á agrandar ó á atribuir un alma á todas las formas.

—Soy el primero en llegar—dijo Luciano saludándole con un poco más de respeto del que solía emplearse con aquel buen hombre.

—La cosa es muy natural—respondió el señor de Bargetón.

Luciano tomó estas palabras por una indirecta de marido celoso, se puso rojo como la grana y se miró al espejo por hacer algo.

—Vive usted en el Houmeau—dijo el señor de Bargetón—y las personas que viven lejos llegan siempre antes que las que viven cerca.

—¿Y de qué depende eso?—preguntó Luciano con aire desenvuelto.

—No lo sé—respondió el señor de Bargetón recobrando su inmovilidad.

—Es que no habrá querido usted indagarlo—repuso Luciano,—porque el hombre capaz de hacer una observación, puede encontrar, si quiere, la causa.

—¡Oh!—exclamó el señor de Bargetón—¡las causas finales! ¡Je! ¡je!

Luciano se devanó los sesos para reanimar la conversación, que quedó reducida á esto, y por fin, al cabo de un rato, dijo temblando al considerar la insulsez de su pregunta:

—¿Se está vistiendo la señora de Bargetón?

—Sí, se está vistiendo—respondió con naturalidad el marido.

Luciano levantó los ojos para mirar las dos vigas salientes, pintadas de gris, y observó, no sin terror, que la pequeña araña de cristal había sido librada de la gasa, y que estaba provista de bujías; que las fundas de los muebles ha-

bían sido quitadas y que todo anunciaba una reunión extraordinaria. El poeta concibió dudas acerca de la conveniencia de su traje, pues calzaba botas; fué á mirar, con el estupor del temor, un vaso del Japón que adornaba una consola con guirnaldas del tiempo de Luis XV, y luego, temiendo desagradar al marido con su silencio, resolvió indagar si el buen hombre tenía ó no algún capricho que él pudiese acariciar.

—Caballero, veo que rara vez sale usted de la villa—dijo al señor de Bargetón, acercándosele de nuevo.

—Sí, rara vez.

El silencio se reanudó. El señor de Bargetón espío como una gata escaldada los menores movimientos de Luciano, que turbaba su reposo, y ambos empezaron á sentir miedo el uno del otro.

—¿Habrá concebido sospechas acerca de mis asiduidades?—pensó Luciano—porque me parece que está muy hostil.

Afortunadamente para Luciano, que se encontraba muy molesto teniendo que soportar las miradas con que el señor de Bargetón le examinaba yendo y viniendo, en este momento un criado, que se había puesto una librea, anunció al señor del Chatelet. El barón entró con gran desenvoltura, saludó á su amigo Bargetón é hizo á Luciano una pequeña inclinación que estaba entonces de moda y que encontró Luciano muy impertinente. Sixto del Chatelet llevaba un pantalón blanco sin una arruga, zapatos finos y medias de hilo escocés. Sobre su chaleco blanco se destacaba la cinta negra de su monóculo, y, por fin, su levita negra era notable por su corte y forma parisienses. Este hombre era, sin duda, el guapetón que habían anunciado sus antecedentes; pero la edad le había dotado de un vientre bastante difícil de contener en los límites de la elegancia, y se teñía sus cabellos y sus patillas blancas á causa de los sufrimientos de su viaje, lo cual le daba cierto aire duro. Su tez, tan delicada antaño, había tomado el color cobrizo de las gentes que vuelven de la India; pero su porte, aunque ridículo á causa de las pretensiones que conservaba, revelaba, no obstante, al agradable secretario de órdenes de una Alteza Imperial. Chatelet tomó su monóculo, examinó el pantalón, las botas, el chaleco y la levita azul de Luciano, hechos en Angulema, y después se metió fríamente el monóculo en el bolsillo del chaleco, como diciendo: «¡Estoy contento!» Aplastado ya por

la elegancia del hacendista, Luciano pensó que tomaría la revancha con la poesía; pero no por eso dejó de sentir una gran contrariedad, que fué la continuación de la molesta situación en que le había tenido antes la pretendida hostilidad del señor de Bargetón. El barón parecía hacer pesar sobre Luciano todo el peso de su fortuna para humillar más y más su miseria. El señor de Bargetón, que creía que no tendría nada que decir, quedó consternado al notar el silencio que guardaron los dos rivales mientras se examinaban, y después de muchos esfuerzos, logró encontrar esta pregunta, que él creyó muy oportuna:

—Conque, caballero—le dijo á Chatelet,—¿qué hay de bueno? ¿qué se dice?

—Lo bueno es el señor de Chardón—respondió perversamente el director de contribuciones.—Dirijase usted á él. ¿Nos trae usted algún bonito poema?—preguntó el bullicioso barón atusándose una de sus patillas.

—Para saber si es ó no bonito, hubiera debido consultarlo con usted—respondió Luciano.—Usted ha practicado la poesía antes que yo.

—¡Bah! unas cuantas zarzuelas bastante agradables hechas por pasatiempo, algunas canciones de actualidad, romances que sólo se salvaron gracias á la música, y una epístola á una hermana de Buonaparte (jingrato!), no son títulos suficientes para pasar á la posteridad.

En este momento se presentó la señora de Bargetón arrogantemente ataviada. Llevaba un turbante judío provisto de un brocamantón oriental, y un chal debajo del cual brillaban los camafeos de un collar, rodeaba graciosamente su cuello. Su traje de muselina de mangas cortas, le permitía enseñar varias pulseras en sus hermosos y blancos brazos. Esta indumentaria teatral encantó á Luciano. El señor del Chatelet dirigió á esta reina nauseabundos elogios que hicieron sonreír á Nais; tanta era la satisfacción que le causaba el verse alabada delante de Luciano, con el cual sólo cambió una mirada después de responder al recaudador de contribuciones, mortificándole con una cortesía que excluía toda intimidad.

En este momento empezaron á llegar todas las personas invitadas. En primer término se presentaron el obispo y su gran vicario, dos figuras dignas y solemnes, pero que formaban un violento contraste: monseñor era alto y delgado,

y su acólito era pequeño y gordo. Ambos tenían ojos brillantes; pero el obispo era pálido, mientras que su gran vicario tenía una cara regordeta y colorada que denotaba una gran salud. Los gestos y los movimientos eran raros lo mismo en uno que en otro, y ambos parecían prudentes, su silencio intimidaba y eran reputados de tener mucho talento.

Detrás de los dos sacerdotes se presentaron la señora de Chandour y su marido, personajes extraordinarios que parecerán fantásticos á las personas que desconocen lo que es la provincia. El marido de Amelia, mujer ésta que se consideraba como rival de la señora de Bargetón, el señor de Chandour, que se llamaba Estanislao, era un hombre esbelto aún, no obstante sus cuarenta y cinco años, y cuya cara parecía una criba. Su corbata estaba siempre anudada de modo que presentase dos puntas amenazadoras, la una á la altura de la oreja derecha, y la otra bajaba hacia la cinta roja de su condecoración. Los faldones de su levita estaban violentamente arrugados. Su chaleco, muy abierto, dejaba ver una camisa hinchada y almidonada, cerrada con alfileres llenos de pedrería. En una palabra, toda su indumentaria tenía un carácter exagerado y que le daba tan gran semejanza con las caricaturas, que los forasteros, al verle, no podían menos de sonreírse. Estanislao se miraba continuamente de arriba abajo con una especie de satisfacción, examinando el número de botones de su chaleco, siguiendo las ondulantes líneas de su pantalón, y acariciándose las piernas con una mirada que se detenía amorosamente en la punta de sus botas. Cuando cesaba de hacer este examen, sus ojos buscaban un espejo, veía en él si estaba bien peinado, interrogaba á las mujeres con mirada satisfecha, y luego se metía un dedo en el bolsillo del chaleco, se echaba hacia atrás y se ponía de medio lado, zalamerías éstas de gallo que tenían gran éxito en medio de aquella sociedad que le consideraba el don Juan de la villa. La mayor parte de las veces sus palabras encerraban indecencias, y este detestable género de conversación le procuraba algunos éxitos entre las mujeres, á las que hacía reír. El señor del Chatelet empezaba á causarle algunas inquietudes. En efecto, intrigadas por el desdén del fatuo barón, y estimuladas por su simulada pretensión de que era imposible hacerle salir de su marasmo, y picadas por su tono de

sultán hastiado, las mujeres buscaban á Chatelet con mucha más insistencia que á su llegada, desde que la señora de Bargetón se había enamorado del poeta de Angulema. Amelia era una mujercita torpemente comedianta, gorda, blanca, de cabellos negros, exagerada en todo, que hablaba alto, que movía mucho su cabeza cargada de plumas en verano y de flores en invierno, y gran charlatana, si bien no podía acabar nunca sus frases sin que fueran acompañadas de los silbidos de una asma oculta.

El señor de Saintot, llamado Astolfo, presidente de la sociedad de agricultura, hombre coloradote, grande y gordo, se presentó luego remolcado por su mujer, que se llamaba Lili, abreviación de Elisa, y que estaba dotada de una figura bastante semejante á un helecho seco. Este nombre de Lili, que suponía en la persona que lo llevaba algo de infantil, contrastaba con el carácter y los modales de la señora de Saintot, mujer solemne, extraordinariamente piadosa y jugadora intransigente y cicatera. Astolfo pasaba por ser un sabio de primer orden. Ignorante como un ganso, había escrito algunos artículos sobre el azúcar y el aguardiente en un diccionario de agricultura, dos obras plagadas en detalle de todos los artículos de los periódicos y de todas las obras antiguas en que se trataba de estos productos. Toda la provincia le creía ocupado en un tratado acerca de la agricultura moderna; pero aunque permanecía encerrado toda la mañana en su despacho, aun no había escrito dos páginas en doce años. Si alguien iba á verle, se dejaba sorprender registrando papeles, buscando una nota extraviada ó cortándose una pluma; pero, en realidad, todo el tiempo que permanecía en su despacho, lo pasaba en tonterías: leía pausadamente el periódico, hacía grabados en un tapón de corcho con un cortaplumas, hojeaba á Cicerón para tomar al vuelo alguna frase ó algún pasaje cuyo sentido pudiera ser aplicado á los acontecimientos del día, y, luego, por la noche, se esforzaba en llevar la conversación hacia un asunto que le permitiese decir:

—Cicerón tiene una página que parece haber sido escrita á propósito de lo que ocurre actualmente.

Entonces recitaba su pasaje con gran asombro de todos los auditores, que se decían entre sí:

—La verdad es que Astolfo es un pozo de ciencia.

Este curioso hecho se contaba luego por toda la villa, y

contribuía á mantenerla en sus halagüeñas creencias acerca del señor de Saintot.

Después de esta pareja, se presentó el señor Adriano de Bartas, hombre que cantaba canciones con voz de bajo y que tenía grandes pretensiones de músico. El amor propio le había hecho fijarse en el solfeo, comenzó luego á admirarse á sí propio cuando cantaba, pasó después á hablar de música, y acabó por ocuparse exclusivamente de este arte. La música había pasado á ser en él una monomanía, no se animaba nunca hasta que no se hablaba de notas, y sufría durante una velada hasta que no le rogaban que cantase. Una vez que había vociferado algunas de sus canciones, empezaba su dicha: poníase muy hueco, recibía gustoso las felicitaciones y se hacía el modesto; pero, no obstante su afán de parecerlo, iba de grupo en grupo á recoger elogios, y, cuando éstos se habían agotado, volvía á hablar de música, entablando una discusión que versase sobre las dificultades de su canción ó sobre el mérito del compositor.

Este señor de Bartas iba acompañado de D. Alejandro de Brevián, el héroe de la sepia, el dibujante que infestaba los cuartos de sus amigos con producciones indecentes y que estropeaba todos los álbumes del departamento. Cada uno daba el brazo á la mujer del otro, y, según la crónica escandalosa, la tal transposición era completa. Las dos mujeres, Lolota (D.<sup>a</sup> Carlota de Brevián) y Fifina (D.<sup>a</sup> Josefina de Bartas), preocupadas igualmente por un chal, ó por un adorno de vestido, estaban devoradas por el deseo de parecer parisienses, y abandonaban sus casas, donde todo iba mal. Si las dos mujeres, oprimidas como muñecas en trajes económicamente confeccionados, ofrecían en éstos una exposición de colores sumamente raros, en cambio sus maridos, en su calidad de artistas, se permitían un abandono provinciano que contribuía á hacerles curiosos: sus deteriorados trajes les hacían parecer comparsas de esos que figuran en la sociedad distinguida, invitados á ciertas bodas que se simulan en los teatros de última clase.

Entre las figuras que se presentaron en el salón, era indudablemente una de las más originales la del señor conde de Senonches, llamado aristocráticamente Jacobo, gran cazador, altanero, seco, de cara tostada, amable como un jabalí, desconfiado como un veneciano, celoso como un moro y que vivía en muy buena inteligencia con el señor de

Hautoy, el amigo de la casa, y que recibía también el nombre de Francis.

La señora de Senonches (Ceferina), era alta y guapa; pero borrosa ya á causa de cierto ardor del hígado que le hacía pasar por mujer muy exigente. Su fino talle y sus delicadas proporciones le permitían tener maneras lánguidas que pecaban de afectación, pero que denotaban la pasión y los caprichos siempre satisfechos de una persona amada.

Francis era hombre bastante distinguido, que había abandonado el consulado de Valencia y su porvenir en la diplomacia, para ir á vivir á Angulema al lado de Ceferina, llamada también Cicina. El antiguo cónsul se cuidaba de la casa, educaba á los niños, les enseñaba idiomas, y administraba la fortuna de los señores de Senonches con verdadera probidad y abnegación. La Angulema noble, la Angulema burguesa, la Angulema administrativa, había comentado mucho tiempo la perfecta unidad de aquel hogar de tres personas; pero, á la larga, este misterio de trinidad conyugal pareció tan raro y tan bonito, que el señor de Hautoy hubiera parecido prodigiosamente inmoral si hubiese mostrado intenciones de casarse. Por otra parte, el apego que tenía la señora de Senonches á una ahijada llamada la señorita de la Haye, que le servía de dama de compañía, había hecho sospechar en aquella casa la existencia de inquietantes misterios, y no obstante algunas imposibilidades aparentes originadas de las fechas, había quien encontraba un sorprendente parecido entre Francisca de la Haye y Francis de Hautoy. Cuando Jacobo cazaba en los alrededores, todo el mundo le pedía noticias de Francis, y entonces aquél contaba las pequeñas indisposiciones de su intendente voluntario. Esta ceguera parecía tan curiosa en un hombre celoso, que sus mejores amigos se divertían en comentarla y comunicársela á aquellos que no conocían el misterio, á fin de entretenerles. El señor de Hautoy era un precioso petimetre que cuidaba su persona de una manera exageradamente meticulosa, y que se preocupaba de su tos, de su sueño, de sus digestiones y de su comida. Ceferina había inducido á su *factótum* á hacerse el enfermizo, y le cuidaba, le mimaba, le medicinaba, le procuraba platos escogidos, le ordenaba ó le prohibía tal ó cual alimento, le bordaba chalecos, corbatas y pañuelos, y le había acostumbrado á llevar cosas tan bonitas, que lo con-



vertía en una especie de ídolo japonés. Su cordialidad era, por otra parte, absoluta: Cicina miraba por cualquier motivo á Francis, éste parecía tomar sus ideas de los ojos de Cicina, y ambos vituperaban y sonreían juntos, y parecían consultarse hasta para darse los buenos días.

El propietario más rico de los alrededores, el hombre envidiado de todos, el señor marqués de Pimentel y su mujer, que reunían cuarenta y dos mil francos de renta y que pasaban el invierno en París, llegaron del campo en calesa con sus vecinos los barones de Rastignac, acompañados de la tía de la baronesa y de sus hijas, dos jóvenes encantadoras, bien educadas y pobres, pero vestidas con esa sencillez que tanto realza las bellezas naturales. Estas personas, que eran indudablemente lo más escogido de la sociedad, fueron recibidas con frío silencio y con respeto lleno de envidia, sobre todo cuando todo el mundo vió la distinguida acogida que les hizo la señora de Bargetón. Estas dos familias pertenecían á ese pequeño número de gentes de provincias que están por encima de toda maledicencia, que no se frecuentan familiarmente con nadie, que viven en silencioso retiro y que conservan una imponente dignidad. El señor de Pimentel y el señor de Rastignac eran llamados por sus títulos y no existía ninguna familiaridad entre sus mujeres y sus hijos y la elevada sociedad de Angulema, pues frecuentando la nobleza de la corte, no querían soportar las estupideces provincianas.

El prefecto y el general fueron los últimos en presentarse, y lo hicieron acompañados del noble campesino que había llevado aquella misma mañana su memoria acerca de los gusanos de seda á casa de David. Este personaje era, sin duda alguna, alcalde de pueblo recomendable por sus hermosas propiedades; pero su porte y sus modales denotaban una falta completa de sociedad, ya que no sabía dónde ponerse las manos, daba vueltas en torno de su interlocutor mientras le hablaba, se levantaba y se volvía á sentar cuando le dirigían la palabra, parecía dispuesto á hacer un favor doméstico y se mostraba sucesivamente obsequioso, inquieto, grave, se apresuraba á celebrar las bromas, escuchaba de una manera servil, y á veces tomaba un aire socarrón, creyendo que se burlaban de él. Recordando su memoria, intentó varias veces durante la velada hablar de los gusanos de seda; pero el infortunado señor de Severac fué á dar con el señor de Bargas, que le respondía hablándole de música, y con el señor

de Saintot, que le citó á Cicerón. A la mitad de la velada, el pobre alcalde acabó por entenderse con una viuda y su hija, la señora y la señorita del Brossard, que no eran ciertamente las dos figuras menos interesantes de aquella sociedad. Una sola frase bastará para decirlo todo: eran tan pobres como nobles, y en su tocado se veía la pretensión de no hacer ver una miseria secreta. La señora del Brossard alababa muy torpemente y con cualquier motivo á su grande y gruesa hija, de veintisiete años, que pasaba por ser muy entendida en el piano; le hacía participar oficialmente de todos los gustos de las gentes casaderas, y, en su afán de establecer á su querida Camila, había asegurado en una misma velada que á su hija le gustaba la vida errante de los militares y la vida tranquila de los propietarios que cultivan sus tierras. Ambas poseían la dignidad afectada y agríndice de las personas á quienes todo el mundo se complace en compadecer, por las que cada uno se interesa por egoísmo, y que han sondado el vacío de las frases consoladoras con que el mundo acostumbra á acoger á los desgraciados. El señor de Severac tenía cincuenta y nueve años, era viudo y sin hijos, y la madre y la hija le escucharon con religiosa admiración los detalles que les dió relativos á la cría de los gusanos de seda.

—A mi hija siempre le han gustado los animales—dijo la madre.—Así es que, como la seda que hacen esos animalitos interesa á las mujeres, le pediré á usted permiso para ir á Severac á enseñar á Camila cómo se obtiene ese producto. Camila tiene tanta inteligencia, que comprenderá en el acto todo lo que usted le diga. ¡No comprendió un día la razón inversa del cuadrado de las distancias!

Esta frase terminó gloriosamente la conversación entre el señor de Severac y la señora de Brossard, después de la lectura de Luciano.

En la reunión se deslizaron también algunos concurrentes, así como dos ó tres hijos de familia, tímidos, silenciosos, felices de haber sido invitados á aquella solemnidad literaria, y alguno de los cuales se emancipó hasta el punto de hablar mucho con la señorita de la Haye.

Todas las mujeres se colocaron seriamente formando un círculo, detrás del cual se mantuvieron de pie los hombres. Aquella asamblea de personajes extravagantes, con caras arrugadas y trajes heteróclitos, pareció imponente á Luciano